

por el general Doblado, jefe del gabinete, pero D. Benito me contestó, que no podia dar órdenes al general en jefe, porque seria tanto como descargarlo de su responsabilidad para que ésta pesara sobre el gobierno.

Por algunos meses estuvo insistiendo Doblado en que se pusiera mi plan en ejecucion y Juarez negándose; fué al cuartel general para ver si persuadia á Zaragoza, pero no pudo conseguir que desistiera del pensamiento infeliz de encerrarse en Puebla, y á su regreso á esta capital propuso resueltamente al Presidente relevar al general en jefe, á lo cual no quiso acceder.

La habilidad desplegada por Doblado en las conferencias de La Soledad y el gran prestigio que merecidamente gozaba, habian excitado los celos de Juarez, lo que no se podia ocultar á la penetracion de aquel hombre verdaderamente grande y comprendiendo que se le queria nulificar, habló así al Presidente:

"Estoy siendo responsable ante el mundo entero de las operaciones del gabinete: todos creen que yo las dirijo y como nada se hace de lo que deseo, suplico á usted se sirva admitir mi dimision."

Juarez le contestó que su separacion repentina se tomaria por un disgusto y que es-

to produciria algun desaliento en la nacion. Le propuso entonces que le diera otro cargo honroso; y fué nombrado general en jefe del Ejército del Centro.

Juarez á su interés personal posponia el de la patria y con tal de que no se le hiciera sombra separó de su lado al ciudadano de mayor génio conque contaba México.

La fé que yo tenia en los grandes talentos del Sr. Doblado y la confianza con que él me honraba nos unieron de tal suerte, que siempre pude estar al tanto de lo que le ocurría.

ARTICULO VI.

Cuando D. Benito Juarez fué á Puebla con motivo de la reparticion de medallas á los héroes del 5 de Mayo, nos citó una vez al general Diaz y á mí, diciendo que lo vieramos al peso de la media noche, porque eramos los hombres de su confianza y queria que habláramos con libertad sin que ningun impertinente, fuera á molestarnos.

Llegó la hora y nos hallamos sitos los tres: el general Diaz que habia sido su discípulo lo trataba con mucho respeto; pero yo, de

carácter naturalmente franco y sin ese motivo, le hablé con mayor libertad.

Para probarle que el general Gonzalez Ortega no era un jefe capaz que mereciera mandar el ejército, principié á referir sus antecedentes militares, pero él me interrumpió bruscamente en estos términos:

“Ya sé que me va usted á decir que es un *pendejo*, demasiado lo conozco, pero la nacion ha dado en tenerlo por hombre grande y lo coloco aquí para que se ponga en la evidencia.”

La indignacion que tanta mezquindad produjo en mi ánimo, fué causa de que no pudiera reprimir un arranque de imprudencia y le contesté:

“Entonces, usted por deshacerse de un rival sacrifica el ejército y acaso la República entera.”

Él me replicó en tono irritado. ¿Y para qué sirven ustedes? Ningún hombre es necesario; las ideas son las que valen únicamente.”

Yo añadí; nosotros servimos para que nos hagan matar á lo *pendejo*, somos soldados y tenemos que obedecer las órdenes que nos den. Conozco un poco la historia y los hombres tambien, pero aunque ninguno es abso-

lutamente necesario, no por eso se debe hacer abstraccion de las personas más allá de lo que es racional. Donde falta un hombre, siempre se halla otro con quien remplazarle, pero eso no quiere decir que el lugar de una persona eminente lo pueda llenar cualquier *pendejo*.

Las palabras comedidas del general Diaz restablecieron la calma y continuamos:

“Tenga usted la bondad de decirnos, agrégué: ¿Cómo es que á Comonfort, autor del golpe de Estado y que tan enemigo ha sido de nuestras instituciones, se le coloca en posicion de adquirir gloria y prestigio dándole á mandar el ejército de observacion?”

¿Y creen ustedes, contestó, que yo le he de dar lugar á que se eleve? Tambien se nulificará.”

El general Diaz me dijo entónces que debiamos estar tranquilos confiando en el acierto del señor Presidente, y despues de un rato de conversacion nos despedimos; pero ya con el convencimiento de que para aquel hombre no habia más patria ni más gloria que su ambicion al poder.

Más tarde, supe por el mismo general Diaz, que D. Benito habia referido nuestra conver-

sacion al general González Ortega para disponerlo.

Este es otro de los rasgos que caracterizan al *Benemérito de las Americas*, que por sacrificar á sus rivales no tenia reparo en sacrificar á la nacion.

ARTICULO VII.

A principios de 1863 tuve en esta capital una larga conferencia con el presidente Juarez, de la que más adelante se verán los resultados.

D. Plácido Vega se habia negado á salir de Mazatlan con la fuerza que el gobierno le pedia y el general Doblado ordenó al coronel Ramon Corona que lo fuera á batir.

Para evitar el escándalo de un derramamiento de sangre en aquellas circunstancias, se me nombró gobernador y comandante militar de Sinaloa, ordenándoseme que fuera á pacificar aquel Estado, haciendo salir á Vega, de lo que se dió aviso por el telégrafo al general Doblado para que suspendiera las operaciones de Corona.

Quiso D. Benito acordar conmigo los ne-

gocios ántes de mi salida y me citó al efecto. Nuestro diálogo fué el siguiente:

Él.—Recuerdo que cuando usted mandó su plan de operaciones aseguraba que el ataque sobre la plaza de Puebla no principiaria ántes de Marzo, y parece que no ha salido muy buen profeta porque estamos á 6 de Enero y acabo de recibir un mensaje en que se me avisa que el enemigo ha entrado en Acajete.

Yo.—(sonriendo). Cuando aseguré aquello no habia previsto la puerilidad de que por reunir todo el ejército en Puebla para repartir las medallas se abandonaran los pasos peligrosos que el enemigo no podia forzar sin pérdidas de mucha consideracion; y natural era que al ver que podia salvarlo sin ningún riesgo aprovechara la oportunidad con que se le brindaba, pero eso no significa que haya sido yo tan mal profeta. Hé calculado el tiempo que el enemigo necesita para reunir el material indispensable al derredor de Puebla y si ántes del 1º de Marzo se dispara el primer cañonazo sobre aquella plaza, me manda usted colgar de la lengua por hablador.

El.—¿Y qué opina usted que debe hacerse ahora?

Yo.—Hay males que no tienen remedio; resistir en Puebla se ha hecho ya absolutamente necesario para ganar tiempo. Aquella no es una posicion militar y se perderá en dos meses, pero México, sí lo es, fortificándola bien, y se puede defender con buen éxito.

Él.—Cosa rara, es usted el primero que dice eso: todos los generales con que he hablado aseguran que Puebla es una posicion ventajosa y México no.

Yo.—Creo que puedo demostrar lo contrario.

Él.—(con incredulidad) ¿A ver?

Yo.—Puebla es una ciudad pequeña, de un perímetro tan reducido que con 12,000 hombres se puede cercar. Está situada sobre un terreno firme y seco, muy á propósito para abrir minas y toda clase de obras de apromocion, con lo que se facilita su rendicion mientras que México, situada sobre una laguna y dominando con sus alturas un valle muy extenso, no se puede atacar sino á pecho descubierto ó con obras á relieve, y, para circumbalarla apénas bastarán 60,000 hombres.

Él.—Creo que tiene usted razon, y en ese caso ¿qué plan podriamos acordar?

Yo.—Los franceses tomarán Puebla en el mes de Mayo, pero para curar sus heridas y reponer su material necesitarán dos meses mas; así es, que no podrán emprender un nuevo sitio hasta el mes de Julio, lo que nos da 6 meses de plazo para fortificar y pertrechar esta plaza. Si trabajamos con actividad para guarnecerla con 30,000 hombres no se podrá tomar con ménos de 100,000 y me parece que Napoleon III antes de meterse en esos trabajos preferirá concluir un tratado de paz.

Él.—Considero muy acertado todo cuanto usted me ha dicho y desde luego lo comisiono para que active el levantamiento de fuerzas, á cuyo efecto se le darán las facultades que crea necesarias.

Yo.—Me conformo solamente con que usted me autorice para contratar armamento, municiones y vestuario.

Él.—Se extenderán inmediatamente las órdenes necesarias y le recomiendo haga venir á Puerto Angel una parte del material de guerra que compre.

Quedó terminada nuestra conversacion, de que solo doy un ligero extracto y el 16 por la madrugada salí llevando en mi cartera las credenciales de las amplias facultades que se me otorgaron.

CAPITULO VIII.

Luego que llegué á Guadalajara vino á verme el general Doblado, que se hallaba en aquella ciudad: era tarde de la noche y él quiso dejarme descansar, diciéndo que tiempo bastante tendríamos despues para hablar.

Al dia siguiente, muy temprano, fuí á visitarlo, pero él para darme una prueba mas de confianza, se ocupó de despachar sus negocios en mi presencia. Recibió al C. Lic. Apolonio Angulo, comisionado de D. Plácido Vego y á D. Juan Sepúlveda que lo era de Corona.

Por la noche nos reunimos ántes de las ocho y hablamos largamente sobre los medios de organizar fuerzas y guarnecer México sin dilacion; tratando tambien sobre los temores que se abrigaban de que Rojas se rebelara en su contra. Nos despedimos á las doce para volvernos á ver la mañana siguiente, pero aquel hombre infatigable, todo accion, todo inteligencia, no durmió esa noche.

Me levanté á las 5 de la mañana y con sorpresa ví á la puerta de mi habitacion á un ayudante del Sr. Doblado que alargando el brazo para entregarme un pliego, dijo:

“Mi general ha salido á las tres dejándome ordenado que pusiera en sus manos esta comunicacion y que sin esperar respuesta, corriera á alcanzarlo. En la plaza está formado el Escuadron del Teniente Coronel Zúñiga que deja á las órdenes de V. para que le sirva de escolta hasta el Manzanillo.”

Abrí el pliego y contenia tres piezas: un oficio para el general Ogazon, otro para la Jefatura de Hacienda y una larga carta para mí en que el Sr. Doblado me daba una explicacion de los motivos para que despues que nos separáramos habia adoptado la resolucion de retirarse violentamente y me rogaba con el mayor encarecimiento hiciera cuanto estuviera á mi alcance para que el Sr. Ogazon aceptara el gobierno del Estado que le confiaba en el adjunto oficio.

Dispuse que en el acto saliera el Sr. Zúñiga con su Escuadron á reunirse con su jefe y me fuí á ver al general Ogazon. No quería de ningun modo encargarse del gobierno, pero le toqué la cuerda mas sensible, la del patriotismo. Por fin me dijo, aceptaré pero á condicion que V. se ha de quedar para ayudarme.

Le hice presente que me era imposible atendida la comision que llevaba, pero me

comprometí á estar de regreso en Guadalajara antes de que concluyera el mes de Mayo.

En seguida pasé á la Jefatura de Hacienda á entregar el oficio, que era una orden para que se me diera la cantidad de dinero que yo mismo fijara.

Nada acepté para mí; dejé que se diera únicamente media paga á cada uno de mis ayudantes y emprendí la marcha escoltado por caballería de Jalisco.

ARTICULO IX.

Luego que me recibí del gobierno y comandancia militar de Sinaloa di principio con el mayor empeño á la organizacion de fuerzas y celebré un contrato de armamento, municiones y paño para vestuario de la tropa, en cantidad suficiente para el objeto que nos habiamos propuesto. Los términos de convenio eran que al recibir aquel material se entregaria al contado la tercera parte de su importe y los otros dos tercios se pagarian con los derechos de mercancías que los contratistas importarian por su propia cuenta. Hice depositar desde luego en la casa de

los Sres. German Baston y C^a 67,000 pesos para ir reuniendo los fondos y hacer pronto el compromiso. Mandé á continuacion un comisionado para dar cuenta al supremo gobierno y al general Doblado, así como de mi palabra empeñada al Sr. Ogazon, suplicando se me relevara á tiempo para cumplir. Tambien daba parte de haber tenido que destituir al visitador de la aduana D. Juan de la Peña y Barragan, aun cuando esto habia sido acordado anticipadamente en Guadalajara con el Sr. Doblado.

Pronto recibí la contestacion del gobierno. Me decía D. Benito en una carta: Puebla resiste heroicamente, nunca la tomarán los Franceses; rescinda vd. el contrato de armamento, disuelva la fuerza que está organizando, porque ya nada de eso es necesario, y mande sin dilacion los 67,000 pesos que están en depósito, pues lo único que hace falta es dinero.

Contesté por extraordinario violento, diciendo al Sr. Juarez:

“Soy soldado, permítame que le diga que en esta línea debo saber mas que vd. Conozco Puebla y sus elementos. Puebla sucumbirá en Mayo.

El contrato de armamento lo hice con ple-

40
 las Bies. German B. y C. 67,000 pesos
 para el pago de los fondos y hacer
 las facultades y como los contratistas en na-
 da han faltado no me permite la buena fé
 rescindirlo. Urge mi relevo para que el su-
 cesor cumpla estas supremas disposiciones."

El 3 de Mayo entre 10 y 11 de la noche
 regresó el extraordinario Luna, con las su-
 premas órdenes pedidas.

El día 4 luego que circuló la noticia de
 que iba yo á entregar el gobierno, vinieron
 á darme parte de que la guardia nacional se
 estaba reuniendo para pronunciarse en con-
 tra de aquella disposicion.

No quise dar lugar á un escándalo y dije
 al Mayor de Plaza, C. coronel Ignacio M.^a
 Escudero, que mandara en el acto tocar ór-
 den general y diera á reconocer al de igual
 categoría C. Jesus García Morales como go-
 bernador y comandante militar del Estado.
 Esto salvó la situacion pero no sin que el C.
 coronel Antonio Rosales hubiera hecho su
 movimiento en Culiacan, aunque era de mal
 éxito para él.

ARTÍCULO X.

El 29 por la noche llegué á Guadalajara;
 Puebla habia sido ocupada por los franceses
 desde el 17.

La mañana del 30 me presenté al Sr. Oga-
 zon diciéndole: "Mi palabra está cumplida,
 Mayo aún no termina; pero Juarez tambien
 le temia como rival y se habia propuesto no
 dejarlo figurar, por eso en vez de concederme
 que pasara á prestar mis servicios en Jalisco,
 habia dispuesto que me recibiera del gobier-
 no del Estado." Quiso el general entregarme-
 lo inmediatamente, más yo, conociendo lo im-
 portante que era la permanencia en el poder
 de aquel leal patriota, tanto por su mucho
 prestigio en el Estado, como por su valor y
 honradez, le supliqué con las más vivas ins-
 tancias, que sólo me diera á reconocer como
 jefe de las armas, quedando subordinado á él,
 á lo cual tuvo la deferencia de acceder.

Un día despues, el Supremo Gobierno en
 vergonzosa y precipitada fuga, abandonaba
 esta capital. Los franceses no se habian mo-
 vido de Puebla, ni lo hicieron hasta que se
 les dió aviso de estar evacuada la plaza, la
 cual vinieron á ocupar el 11 de Junio.

Aquí me parece lugar á propósito para hacer un llamamiento al patriotismo de los señores escritores, que tan injusta como exageradamente apellidan á Juárez *Benemerito de las Américas*.

México es un pueblo valiente como el que más lo pueda ser en el mundo. ¿En qué consiste que habiendo nueve millones de habitantes han bastado 50,000 franceses para ocupar todas nuestras capitales sin excepcion ninguna? ¿Y habrá un buen mexicano que se atreva á decir que regidos sus destinos por un hombre grande, se podia hacer esto con 200,000?

Que no se llamen patriotas los que por ensalzar á un hombre disminuyen á la nacion.

Los que no saben cómo son los hombres grandes, deberian dispensarse la molestia de calificarlos.

Yo amo á mi patria de todo corazon, por su bien siempre he ofrecido mi sangre defendiendo su honra y su libertad en todo terreno. Suplico pues á los señores escritores, tengan la bondad de perdonar, si hoy al ver que se va extraviando el buen sentido, me atraviezo en su camino. Quiero que México sea grande, muy grande, pero verdaderamente grande, no que con falsedades aparente serlo,

cuando solo cultivando la virtud, es como se puede elevar.

ARTICULO XI.

En los primeros dias del mes de Junio llegó á Guadalajara el Lic. Río con el encargo de D. Manuel Doblado, para decirme que alistara en Jalisco 10,000 hombres lo mas pronto posible y que él me daria otros tantos en Guanajuato, para que con un ejército de... 20,000 hombres hiciera frente á los invasores: que él se obligaba á que no me faltaran recursos. Acogimos con el mayor interés aquel patriótico proyecto, y en muy pocos dias ya teniamos aquella fuerza, sin contar con los cuerpos de Rojas, que hacian un total de... 4,500. Muy pronto habriamos estado en marcha, pero D. Plácido Vega, que por su notoria cobardía, no estaba bien en el país en dias de tanto peligro, queria dinero para salir de él, y conociendo el lado flaco de Don Benito, le hizo creer que con aquella fuerza ibamos á deposterlo de la presidencia y á colocar á Doblado en su lugar. Alarmado el hombre, sin más averiguacion ordenó que Doblado le en-

regara al general Antillon y yo al general Arteaga.

Recibí la orden junto con una esquelita del general Doblado, que decía:

"Estoy entregando al general Antillon: va orden para que usted entregue al general Arteaga; no resista, deje que se pierda la situación bajo la responsabilidad de estos señores: más honroso será para nosotros levantarla despues."

Esta noticia causó profunda sensación en el Estado y varias comisiones se acercaron á mí suplicándome que no entregara el mando. D. Sotero Prieto que presidía la que venia en representación de la clase propietaria y el coronel C. Antonio Neri, que encabezaba la de la clase militar, hablaron largamente demostrando que se iban á esterilizar todos los sacrificios del Estado; que aquella brillante fuerza de que, tanto se esperaba, quedaria destruida en pocos dias y que el patriotismo exigia de mí, una resolución enérgica para conjurar el mal.

Mi contestación fué esta:

"Si yo considerara que la República estaba en riesgo de perderse, no vacilaría un instante en desobedecer la orden suprema; pero creo que es de todo punto imposible el es-

tablecimiento de una monarquía en América estando en la segunda mitad del siglo diez y nueve, cuando el espíritu de libertad se generaliza en todo el mundo: la Francia misma que hoy nos quiere imponer un monarca, será República dentro de 15 años. Tengo la firme convicción de que si no entregara el mando yo seria el beneficiado, porque para mí, es muy seguro que los franceses no mandarían por lo pronto, sobre Jalisco arriba de 5,000 hombres y podría jurar hasta por lo más sagrado del cielo y de la tierra, que ningun trabajo nos costaria derrotarlos y entónces me tendrían por un héroe. El gobierno carece de medios para hacerse respetar, pero seria una inmoralidad que habiendo recibido el mando de orden suya le desobedeciera, por ambición personal, cuando me manda entregarlo."

Tampoco el general Ogazon estaba por la desobediencia y no queriendo continuar en aquellas circunstancias, expidió un decreto en virtud del cual quedó anexo el gobierno, del Estado á la Comandancia Militar; así fué que al entregar yo, quedó recibido de ambos cargos el general Arteaga.

Esta vez "El Benemérito de las Américas," por un temor infundado de perder su idolatrada presidencia, inutilizó para la patria...

20,000 hombres, con que pudo haberse terminado muy pronto la guerra.

D. Plácido Vega logró su objeto; obtuvo órdenes para que le diera fondos la Aduana Marítima de Mazatlan y autorizacion para ir á comprar armamento á San Francisco, donde se estuvo tres años despilfarrando más de 300,000 pesos, sin haber mandado al país en todo ese tiempo un solo fusil.

Yo me fuí para la Baja-California á vender algunas de mis propiedades para dejar recursos á mi familia y proveerme de ellos tambien para ir á seguir al gobierno.

ARTICULO XII.

Estamos ahora en la época de la peregrinacion de D. Benito y me voy á ocupar de ella con la misma rapidez con que he venido recorriendo los sucesos que dejo narrados, porque el asunto es muy largo, abraza muchos años y si lo quisiera tratar detenidamente, habría que llenar algunos volúmenes.

La prensa se ocupa hasta el fastidio del contrato Luna, que tuvo lugar en este período, pero nada se ha dicho sobre la distri-

bucion de los muchos millones que importan los bonos Carvajal, carga pesadísima que en el mismo tiempo se arroja sobre las débiles espaldas de esta enflaquecida nacion.

El Sr. Juarez emprendió una larga romería por todo el país, para ir alejando del peligro su relicario santo, su arca de la alianza, su sagrado tabernáculo y su Presidencia por los caminos mas cómodos, y obsequiado con banquetes en las principales ciudades, fué llevando hasta mas allá de la línea divisoria las santas reliquias ¡Cuán diferente era su vida, á la que á muy larga distancia pudo imaginarse el poético cerebro de Victor Hugo!

Ese sagrado depósito de la legalidad debía conservarse en su privilegiada persona, pasando sobre la misma constitucion. Fastidió en Chihuahua con sus desdenes al general Gonzalez Ortega, su lejítimo sucesor, quien avergonzado le pidió una licencia para ir á los Estados Unidos á ver si conseguia algunos pertrechos para continuar la guerra. Accedió con el mayor gusto á su solicitud, pero luego que su rival estuvo fuera del país, promulgó una ley inhabilitando á todos los jefes mexicanos que se hubiesen ido al extranjero para aplicársela, con efecto retroac-

tivo, y prorogarse por decreto de sí mismo el período presidencial.

Los panejiristas de Juárez hacen consistir su grandeza, muy especialmente en esa *constancia inquebrantable*, que admiran de estar ganando 30,000 pesos al año, sin exponerse a ningún peligro ni privaciones, mientras otros a quienes nada se nos daba, estábamos constantemente al frente del enemigo sufriendo las mayores penalidades. Yo no veo que otra cosa pudo haber hecho en aquellas circunstancias. En primer lugar, para él la suprema dicha era poseer el poder supremo. ¿Qué le podían ofrecer en cambio de él los invasores que llenara sus aspiraciones? En segundo, los que defendíamos nuestra independencia éramos ciudadanos libres y no esclavos suyos; y si hubiera traicionado á la causa le habríamos fusilado.

Las personas que gusten pueden dirigirse á los generales Diaz, Corona, Escobedo, Régules, Treviño, Riva Palacio y doscientos jefes mas, haciéndoles estas preguntas: ¿Habrian reconocido el imperio por que Juárez se los hubiera ordenado? ¿Habrian abandonado la causa de su patria porque él hubiera capitulado?

No veo, pues, en que consiste tanta grandeza.

Todas las naciones han tenido sus héroes: los unos las han libertado y los otros las han engrandecido arriesgando noblemente sus vidas y sus coronas en los campos de batalla, ó manteniendo el sagrado fuego de la independencia, luchando por largos años en las escabrosidades de las montañas, como Don Pelayo y nuestro Vicente Guerrero.

Alejandro el grande levantó el soberbio edificio de su gloria sobre los cimientos que su invencible espada plantó en el Granico, en Isus y Arbela. Julio César despues de haber paseado triunfantes las legiones Romanas por todo el mundo conocido, selló en Farsalia sus títulos de grandeza.

Federico II de Prusia, hizo de una potencia de tercer órden un Imperio poderoso combatiendo rudamente contra los formidables ejércitos aliados de Francia, Austria, Rusia, Suecia v Sajonia. Napoleon I, vencedor de la Europa entera, en sesenta batallas, fué á sepultar sus gloriosas águilas en los hielos del Norte. Washington, sufriendo infortunios, reveces y miserias, pudo, exponiendo su vida á los mayores peligros, consumir la independencia de su patria. Allende, Hidalgo y Morelos despues de una larga y terrible contienda, se inmortalizaron regando el cadalso con su

sangre. San Martin inscribió su nombre en el registro de los héroes sobre el campo ensangrentado de Chacaburo y Bolivar, en los de Pichincha, Janin y Ayacucho.

Solo el *Benemérito de las Américas* ha tenido el privilegio exclusivo de conquistar sus laureles huyendo. Si esto no es ridículo, confieso que no entiendo el significado de esa palabra. Por honor de México, no debiamos hablar de tal asunto.

ARTICULO XIII.

En Chihuahua me presenté al gobierno y se me mandó á recibir órdenes del Gral. Negrete, y era entonces Secretario de Guerra y Jefe del ejército. Tenia su cuartel general en Rio³Florido y luego que llegué me confió el mando de la 4^a Brigada y el gobierno del Estado de Durango.

Combinamos un plan de campaña que pronto debía ser desconcertado por las torpezas del gabinete.

El general en jefe se reservó para sí obrar por el Norte de Durango, para tomar la línea del Bravo y dirigir sus operaciones rumbo al

Saltillo, mientras que yo maniobraria por la parte del Sur para reunirnos donde él lo mandara.

Mi antecesor en el gobierno, que era Carbajal, habia dejado los pueblos tan asorados con sus depredaciones, que por donde quiera que pasaba me encontraba las casas solas porque las gentes huian á los montes al saber que acercaba alguna fuerza. Con dificultad logré imperar confianza y pude saber historias horrorosas. En Sestin fusiló á uno de los ciudadanos más notables para violar á la hija, y eran tales los excesos que se habian cometido, que las poblaciones se sometian al imperio buscando garantías.

Aun no llevaba dos meses de estar organizando fuerzas y restableciendo el espíritu público, cuando recibí una comunicacion del gobierno mandándome que me pusiera á las órdenes de Carbajal.

En respuesta escribí á Juarez, diciendo:

“Cuando yo me batia en contra de los invasores Norte Americanos; defendiendo la integridad de nuestro territorio, Carbajal era un traidor que servia al enemigo como contra guerrillero, y por muchos años fué salteador de caminos; con tales motivos, la dignidad no me permite militar bajo su mando. Dispuesto siempre á sacrificar por mi patria has-